

el calor de la oracion y disminuyen su fuerza y gravedad. Pero sin embargo Linguet puede llamarse el orador del foro moderno, aunque en un grado muy inferior á los célebres oradores del antiguo, y en un estilo muy diverso, no solo del usado por los Demostenes y Cicerones, sino tambien por Bourdaloue y por Bossuet. Ahora pues, mirando en general por toda la Europa la eloquencia forense, apenas encontraremos que pueda gloriarse de tener entre los modernos algunos seqüaces, que le den verdadero honor, y solo podrá presentarnos con algun decoro al inglés Pitt en las materias políticas, y al frances Linguet en las judiciales. Si naciesen otros oradores, que abandonando los juegos de ingenio y los defectos del estilo moderno, diesen mayor energía y magestad á la oracion, é introduxesen en sus discursos aquel tono patetico, que puede convenir á nuestro foro, podriamos con razon esperar que volviesen los Eschines, los Demostenes y los Cicerones, y que se hic-

ciesen nuevos progresos en la eloquencia forense. Y ahora, dexando esta á un lado, pasaremos á dar una ojeada á la didascalica, que es mas importante en nuestros dias.

CAPITULO III.

Eloquencia didascalica.

Los primeros escritores prosaicos, que vió la Grecia, pertenecen á la eloquencia didascalica; y si bien los Griegos no tuvieron despues esta en aquel aprecio en que tenian la forense, sin embargo no faltaron entre ellos sugetos ilustres, que se dedicasen á cultivarla, y le diesen un esplendor, que pudo igualar al de la forense tan estimada. El filósofo Ferecides, como hemos dicho arriba (a), fue el primero, que, abandonando los grillos del verso, introduxo entre los Griegos el uso de escribir en prosa, y Ferecides tratan-

Origen de
la eloquencia
didascalica.

Tom. V.

Z

do

(a) Cap. I.

do en sus escritos argumentos filosoficos, dió principio á la eloquencia prosaica con la introducion de la didascalica. Pero esta, nacida apenas en las manos de Ferecides, no podía hacer oír mas que su tiena balbucencia: el lleno de su voz no pudo oírse hasta que con el cuidado y fatiga de muchos nobles ingenios llegó á mayor grandeza, y tomó mejor forma. Los pitagóricos empezaron á darle mayor sublimidad; puesto que, como dice Dionisio de Hálarnaso (a), usaron una magnífica y copiosa oracion, que de algun modo se acercaba á la poesia. Democrito, aunque no fuese de la secta pitagórica, era sin embargo imitador de los pitagóricos, como dice Trasillo citado por Laercio (b); pero singularmente parece que los imitase en el estilo, usando como ellos una dición sublime y poética. Ciceron (c) pone á Democrito al lado de Platon, y dice de la locucion de ambos, que por ar-

(a) De vet. Script. cens. (b) Democr. VI.

(c) Orat. XX.

arrojarse con ímpetu y ardor, y por usar de un clarísimo resplandor de palabras, aunque distase del verso, era tenuta de muchos por poética. Timon, segun Laercio (a), nos describe tambien á Democrito como autor ameno y gracioso; pero ni de los pitagóricos ni de Democrito nos ha quedado monumento alguno para poder juzgar de las gracias de su estilo. A Xenofonte y á Platon debemos recurrir para encontrar los primeros ejemplos de eloquencia didascalica. ¿Quantos elogios no dan todos los antiguos, tanto griegos como romanos, á la dulzura y suavidad de Xenofonte, llamado gene-
Xenofonte.
ralmente *Abeja atica* por sus melifluos y delicados escritos? Xenofonte puede ser tenido por el Isócrates de la eloquencia didascalica, aunque la suavidad de Xenofonte me parece mas sólida, y de un sabor mas grato y sano que la de Isócrates, la qual, como hemos dicho arriba, puede á veces parecer sobrado dulce y fastidioso.

(a) VIII.

sa. Isócrates se ocupa demasiado en la pulidéz de los periodos , en la cadencia de las clausulas , en buscar las comparaciones y las contraposiciones , y en otros adornos , que pueden parecer pueriles. Xenofonte saca su dulzura de la eleccion, propiedad y claridad de las palabras, de la pureza de las frases , de la justa colocacion y del buen orden de todas las partes de la oracion , con lo que forma una diction tan dulce y delicada , que quien tenga el paladar algo griego no puede leerlo sin percibir una muy agradable suavidad. Ademas de la dulzura de Xenofonte encuentro en sus escritos didascalicos orden y metodo, precision y claridad, y una verdadera y sólida doctrina, un discreto y justo modo de pensar, y una cierta facilidad y gracia en exponer sus pensamientos , que sin la fuerza y el convencimiento de una vehemente eloqüencia se insinúa en el animo de los lectores, y dulcemente les persuadé todo lo que les dice. Platon tiene una fama mas universal, y mas merito en este genero de eloqüen-

Platon.

qüencia; y si Xenofonte es el Isócrates de los filósofos , Platon será con igual derecho su Demostenes. La elevacion y sublimidad de los pensamientos , la nobleza y energía de las expresiones , la sonoridad y armonía de los periodos , y la pompa, ornato y magestad de toda la oracion , han hecho que Platon sea el oráculo de los filósofos, y el modelo de los oradores y de todos los escritores eloqüentes. Pero pasando á exâminar separadamente la parte didascalica de su eloqüencia , la facundia platonica parece un rio lleno é impetuoso , que arrebatá y arrastra quanto se le pone delante ; él enagena y lleva el animo de los lectores donde gusta llevarlos , y si no siempre convence su entendimiento, ni le persuade quanto quiere , sin embargo seduce y encanta su imaginacion, y les hace leer con gusto hasta aquellas sus originales extrañezas , que no creen , y que tal vez ni aún entienden. Un lector de imaginacion viva y sensible , facilmente se dexará de lumbrar del esplendor platonico , y complacien-

ciendose con aquellos luminosos pensamientos, y con tantos preciosos y ricos adornos de su diction, sufrirá de buena gana su deslumbramiento, sin ir á examinar con individualidad la solidez y realidad de todas las partes de la eloquencia. Pero un frio y reflexivo filósofo no siempre quedará satisfecho de su seductora facundia, le desagradarán muchos ejemplos de sus inducciones sobrado largas, que hacen lento el curso del tratado, cortará los excesivos adornos de algunas figuras, que á veces obscurecen la oracion, y deseará en muchos de sus discursos mas claridad y precisión en las ideas, mas cuerpo y substancia en la doctrina, y mejor orden y metodo en su exposicion. La sublimidad del espíritu arrebatá á Platon fuera de sí y sobre las cosas materiales, y haciendole perder de vista los objetos sensibles, no le dexa gustar mas que de ideas abstractas, y á veces vanas é ininteligibles. Además de esto muchos de sus dialogos, con titulos los mas pomposos, contienen muy poca doctrina sobre la materia propues-

puesta, y se pierden en sutiles cavilaciones. ¿ Quien no se promete los mas profundos tratados sobre la virtud en el *Menon*, sobre la amistad en el *Lisias*, sobre la santidad en el *Eutifron*, sobre el sumo bien del hombre en el *Filebo*, y sobre tantas otras sublimes y dignas materias en otros muchos dialogos de Platon? ¿ Y qué encuentra después en ellos sino definiciones de nombres no siempre justas, algunas preguntas fraudulentas y muchas importunas, respuestas á veces insipidas y fingidas caprichosamente, digresiones por lo comun bellísimas, pero poco gratas al impaciente lector, que siempre quiere adelantar en el asunto, sin divertirse á otros objetos, y poco ó nada de sólido é instructivo en las materias que desea conocer? Quando Platon en el *Timeo*, en la *Republica*, en las *Leyes* y en otros dialogos semejantes dexa correr su generosa y libre facundia esparce tesoros de sublime doctrina; pero quando quiere sujetarse al método ostetricio, y á la ironía é induccion de So-

cra-

crates, se pierde tras pequeñeces y sutiles vanidades. Quando trataremos de la eloquencia dialogal deberemos hablar nuevamente del método socratico y del estilo de Platon: y asi ahora recomendandolo, como es en realidad, por principe y cabeza de los escritores didascalicos, lo dexaremos á un lado; y siguiendo el curso de la eloquencia didactica nos dedicaremos á examinarla en Aristoteles y en Teofrasto. En el dia miramos á Aristoteles como filósofo, y no como escritor eloquente; pero los antiguos no alababan menos su eloquencia que su filosofía. Dionisio de Halicarnaso propone á Aristoteles como exemplar digno de ser imitado por la suma gravedad y claridad de la locucion, y por la suavidad y varia erudicion (a). Ciceron en varios lugares de sus escritos recomienda el nervio y fuerza, y, lo que causa mas admiracion, la increíble copia y la suavidad de la oracion de Aristoteles, quien es para él,

Aristoteles.

ex-

(a) *De act. Script. cens.*

exceptuando siempre á su adorado Platon, el príncipe de los filósofos, y el mas ingenioso, el mas agudo, el mas nervioso y robusto de los escritores (a). Quintiliano reconoce tantas prendas en Aristoteles, que no sabe si debe respetarlo y llamarlo esclarecido é ilustre mas por la inmensa doctrina de las cosas, que por la copia de los escritos, por la suavidad del estilo, por la agudeza de las invenciones, ó por la variedad de las obras (b). Se han perdido enteramente muchas obras de Aristoteles, y sabemos á quantas vicisitudes han estado sujetas aún aquellas mismas que se han conservado, asi que no podremos formar un seguro juicio de todas las prendas de su estilo. Dexemos á un lado sus escritos dialecticos y fisicos, ó antes bien metafisicos, que cabalmente han sido los que en los tiempos de ignorancia le han adquirido el antonomastico nombre de filósofo, pero que están muy alterados y oscuros para que nos puedan

Tom. V. Aa pre-

(a) Brut. *De Orat. Top.* et alibi. (b) Lib. X, c. I.

bre de insigne suavidad de lengua y de costumbres (a). Ciceron no puede encontrar un escritor mas dulce que Teofrasto (b); y por ello nombrandole en una carta á Atico (c) lo llama su *amigo*, y segun el testimonio de Plutarco (d), acostumbraba honrar el estilo de Teofrasto, diciendo que formaba sus *singulares delicias*. A la tersura de los escritos del mismo daba Quintiliano el elogio de *divina* (e); y generalmente todos los antiguos alababan con particularidad la eloquencia de Teofrasto. Nosotros no tenemos mas de aquel filósofo que la *Historia natural de las plantas*, y una buena parte de sus *Caracteres*. La *Historia de las plantas*, estando llena de menudas é individuales descripciones botánicas, no parece capaz de la dulzura y divinidad de la eloquencia que se alaba en Teofrasto; pero el orden y metodo, la exácta disposicion de las materias, la claridad y precision en la ma-

(a) Lib. XIII, c. V. (b) *De clar. Or.* XXXI.

(c) Lib. II, ep. XVI. (d) In Cic. (e) Lib. X, c. I.

manera de exponerlas, y la eleccion y propiedad de las notas características de las plantas, y de las palabras mas oportunas para expresarlas, un cierto manejo de las particulas griegas, que sirven para exórnar la oracion, alguna espontanea y justa reflexion, y una armoniosa y conveniente colocacion de todas las partes, hacen morbidas y pastosas las descripciones, que en otras manos hubieran sido áridas y secas, y forman una diction armoniosa y suave digna del nombre de Teofrasto. Los *Caracteres*, aunque por lo comun reducidos tambien á descripciones y á pequeñas narraciones, dan campo para exercitar mas la eloquencia; y en efecto la agudeza y solidéz de los pensamientos, y la pulidez y finura de la diction hicieron que Estefano los mirase como la cosa mas elegante que se puede desear ó imaginar, y Casaubon como dignisimos de su divino autor, y hacen que todos los lean con sumo gusto, aunque la alteracion de los codices disminuya mucho el placer de la lectura. En aquellos
tiem-

tiempos era tan comun entre los Griegos la eloqüencia que no solo los filósofos, sino que hasta los mismos artistas, ocupados en el estudio de su arte, sabian usarla con felicidad. Ciceron dice de un célebre arquitecto llamado Filon, que con la misma maestria con que hizo á los Atenienses una armería, la qual, segun dice Plinio (a), podia servir para armar mil naves, dió al pueblo con mucha eloqüencia una exâcta y clara razon de su grande obra. El pintor Euforanor no era menos diestro en tomar la pluma, que en manejar el pincel, y con igual elegancia escribió volumenes sobre la simetria y qualidad de los colores, que pintó el *Teseo* y otros celebrados quadros (b). El mismo dios de la pintura, el grande Apeles, no contento con divinizar el arte pictorica con sus maravillosas obras, la ilustraba tambien con sus escritos (c). Y de este modo todos los Griegos hacian digno uso del

apre-

(a) Lib. VIII, c. XXXVII. (b) Plin. lib. XXXV, c. XI. (c) Ibid. c. X.

apreciable don que recibian de las Musas de un ingenio sutil y agudo, y de un modo de hablar rotundo y lleno, armonioso y sonoro. Despues de Teofrasto no se encuentra otro escritor alguno eloqüente sino Demetrio Falereo, alabado y reprehendido por Ciceron, y por otros antiguos. Nosotros carecemos de las muchas obras que él escribió, y de que nos da noticia Laercio, y solo tenemos el librito *De la elocucion*, que corre baxo su nombre, aunque los criticos lo atribuyen á otro Demetrio, y que no puede dexar de acarrear gloria á quien quiera que sea su verdadero autor. En tiempo de Demetrio empezó á decaer entre los Griegos el amor á las buenas artes: un nuevo gusto en la filosofía hizo variar el bello estilo de los escritos filosóficos, y se disminuyó en todos sus ramos el amor á la eloqüencia. Epicuro instituyó una nueva y numerosa secta de filósofos, la qual lejos de buscar con el antiguo ardor los adornos de la oracion, los miraba con desprecio (a). Aris-

(a) Cice. *De fin.* l. V.

tofanés el gramático reprehendía á Epicuro porque usaba un lenguaje sobrado familiar; y Timocrates, que había sido discípulo suyo, lo tachaba de ignorante en lo que mira á la elocución (a). Al mismo tiempo formaba Cenon otra secta filosófica, que distaba tanto de la molición de la epicurea, quanto se le asemejaba en despreciar las gracias del lenguaje. Ciceron dice de los estoycos, que aunque todos eran sutilísimos en disputar, de modo que podían llamarse arquitectos de las palabras, pasando despues de las disputas escolásticas á una oración mas libre y suelta, se encontraban enteramente pobres y desnudos (b); y empleando todo el estudio en las sutilezas dialecticas, no sabían usar una amena y fluida dición. Quintiliano dice igualmente, que los estoycos pensaron poco en cultivar la eloquencia (c). Hemos referido antes los lamentos de Dionisio de Halicarnaso sobre el

abandono de la eloquencia.
 (a) Diog. Laert. in *Epic.* VIII. et III. (b) *De clar. Orat.* XXXI. (c) Lib. X, c. I.

abandono de los filósofos, singularmente de los estoycos, y entre estos de Crisipo, acerca de la composición de las palabras, y del adorno y elegancia de la oración: y mirando en general todos los filósofos griegos podemos decir con verdad, que los antiguos no alaban de eloquentes otros escritos filosóficos, que los de Xenofonte y de Platon, de Aristoteles y de Teofrasto. Ciceron recomienda muchas veces la eloquencia de Carneades, habla de Carmadas, de Melancio Rodio, de Estasea, y generalmente de los academicos y de los peripateticos, como de filósofos algo mas diligentes que los otros, y mas adornados y suaves en el lenguaje; pero ni estos, ni otro griego alguno de aquella edad, se han adquirido nombre glorioso en la eloquencia didascalica. Vino despues, en tiempo de Pompeyo y de Ciceron, Dionisio de Halicarnaso, no solo crítico juicioso, sino tambien escritor elegante. Galeno, que floreció algo despues, es famoso por su ciencia medica; pero merece tambien honroso lugar en la

eloquencia didascalica por su clara, elegante y graciosa diction. El hebreo Filon llegó á escribir en griego con tal erudicion y elegancia, que fue tenido en mucho aprecio de los Griegos mismos. Pero de todos los escritores, que florecieron despues del siglo de oro de la Grecia, ninguno merece la estimacion que se le debe á Plutarco. Es verdad que los críticos notan su diction de aspera y dura; pero la solidéz y profundidad de la doctrina, lo vasto y selecto de la erudicion, el orden y disposicion de las materias, la copia y fuerza de las razones, la propiedad y exâctitud de las comparaciones, la oportunidad de los exemplos, la variedad y sabiduria de las sentencias, el juicio, el buen gusto, la prudencia y el ingenio en todo el discurso de sus tratados hacen á Plutarco uno de los filósofos mas eloquientes, y de los mejores escritores de la antigüedad. Luciano ha escrito poco de didascalico; pero en esto poco manifiesta siempre la amenidad de su ingenio, y la pureza y elegancia de su oracion. Aureo es en su

Plutarco.

genero el librito manual de Epitecto, tan substancioso en su sencillez, y tan lleno de sanísima filosofia. El tratado del *Sublime*, que tenemos de Longino, hace ver que el autor no era menos escritor eloquente, que crítico juicioso. No hablaré de Máximo Tirio, de Plotino, de Proclo, ni de otros filósofos platonicos y aristotelicos, pues aunque fuesen mas correctos en el estilo que los otros coetaneos suyos, eran sin embargo mas imitadores y colectores de los pensamientos y de las frases de sus maestros y caudillos, que escritores originales; y pasará á los autores latinos, que pueden competir con los Platonnes, con los Xenofontes y con los Griegos mas famosos, y que han sido, y merecerán siempre ser tenidos por exemplares y maestros de la eloquencia didascalica.

Los primeros escritos didascalicos que tenemos de los Romanos, son las obras de agricultura de Caton y de Varron. Caton escribió del arte militar y de otras materias, y los antiguos lo estudiaban para adquirir copia de palabras, y por el amor

Eloquencia
didascalica
entre los
Romanos.